

La misión de Bourg-en-Bresse

H. Javier Marquínez

Era una de las últimas tardes de invierno y la llovizna caía persistentemente en la ciudad. Era el domingo 19 de marzo de 1820. La diligencia que traía los sacerdotes que iban a predicar la misión acababa de detenerse en las puertas de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Bourg-en-Bresse. Esperando a los viajeros, se encontraban en la puerta principal del templo el párroco de la localidad, el Padre Chapuis, y el primer vicario, el Padre Rossat.

—Les doy la bienvenida a nuestra ciudad y a esta humilde parroquia—dijo Chapuis a los recién llegados, mientras los sacerdotes, vestidos uniformemente con sotana negra y babero blanco, iban descendiendo uno a uno del carruaje.

El primero en bajar del coche había sido el padre Mioland, el jefe de la expedición. Se trataba de un hombre joven, recién iniciada la treintena, jovial y hablador. Presentaba a cada uno de los sacerdotes a medida que iban bajando. Estos saludaban protocolariamente a los anfitriones.

—A este misionero no necesito presentarlo, porque ustedes ya lo conocen—dijo Mioland cuando el Padre Coindre descendió de la diligencia. El recién llegado abrazó con cariño al padre Chapuis y se fundió en un abrazo largo y sentido con el vicario Rossat, su amigo.

Coindre, efectivamente, conocía perfectamente al párroco y al primer vicario de Bourg-en-Bresse. Esta ciudad había sido su primer destino como sacerdote. Había llegado por primera vez el 14 de marzo de 1813, y había estado hasta el 20 de noviembre de 1815. Dos años y ocho meses de servicio parroquial ininterrumpido en el que había celebrado comuniones, bautizos, bodas, atendido a los enfermos y confortado a los moribundos. 633 actuaciones que aparecen en los archivos parroquiales, por lo que la geografía humana de la ciudad le era perfectamente conocida.

—Estoy otra vez en casa —dijo Coindre a sus dos amigos—. No pueden hacerse una idea de lo que significa para mí esta misión de Bourg.

Una vez todos en la puerta del templo, el párroco, extendiendo la mano, invitó a los sacerdotes a que entraran en la iglesia. La monotonía de la hermosa fachada renacentista dio paso a un deslumbrante templo gótico, iluminado por la oblicua luz del atardecer, una sinfonía de colores e imágenes capaz de quitarte el aliento .

El grupo avanzó casi en silencio por el pasillo de la nave central, como extasiados por la belleza de las luces vidriadas y el ambiente casi sobrenatural formado por las partículas de luces multicolores suspendidas en el aire. Al llegar al presbiterio, hicieron una leve inclinación de cabeza hacia el sagrario y giraron a la izquierda para entrar en la sacristía. Esta era una sala cuadrangular, amplia, con una gran mesa de rica madera de cerezo en el centro. Los muebles que rodeaban la estancia, esta vez oscuros de nogal, estaban ricamente labrados y contenían cajones, armarios, espejos, etc. Los sacerdotes se fueron sentando alrededor de la gran mesa.

—Queridos compañeros —comenzó Mioland como jefe de la expedición—, iniciamos una nueva misión en esta ciudad de Bourg-en-Bresse. Agradecemos al párroco, el padre Chapuis, y a los vicarios, especialmente al primer vicario el padre Rossat, aquí presentes, la acogida que nos han brindado. También reconocemos su permiso y disposición para que este grupo de misioneros se haga cargo de la parroquia durante este mes y medio que vamos a permanecer en la ciudad. Aceptamos este reto, pero no sin antes solicitar su ayuda indispensable para llevar nuestro trabajo

adelante: nuestra labor no tiene ningún sentido si no contamos con la colaboración de los ministros de la ciudad.

El padre Chapuis asentía quedamente a las palabras del misionero. Sabía que aquella misión podía ser una oportunidad inigualable para revitalizar la vida de una parroquia ciertamente complicada como era la de Bourg-en-Bresse.

—Vamos a organizar las semanas de la manera habitual —dijo Barricand, director del seminario menor del L'Argentière, el sacerdote mayor del grupo que también se encargaba de la distribución de las responsabilidades—. La primera semana estará dedicada a exponer el fin del hombre, el pecado, la redención, en definitiva, las grandes verdades de la salvación. Los predicadores de la mañana y de la noche serán los padres Chevallon y Dufêtre. Recuerden que la primera catequesis será a las seis de la mañana, para que los campesinos puedan asistir al oficio antes de comenzar sus tareas. —Los sacerdotes aludidos asentían quedamente a las palabras del director del seminario—.

“La segunda semana —continuó Barricand—, estará dedicada a la catequesis e impartición del sacramento de la confesión. Las predicaciones estarán a cargo de Carrand y Ballet. Las confesiones serán el día de Viernes Santo, el 31 de marzo. Ahí estaremos todos, y nos echarán una mano los sacerdotes de la parroquia. Esta ciudad tiene unos 7000 habitantes y, si todo va bien, necesitaremos de todos los sacerdotes disponibles para escuchar las confesiones”.

—Hay muchas personas que esperan esta misión como una ocasión propicia para el arrepentimiento de su vida pasada —dijo el párroco Chapuis—. Estoy seguro que la asistencia a las confesiones va a ser masiva.

—La tercera semana estará dedicada, como siempre, a la preparación de la comunión —reanudó Barricand su discurso—. La cuarta semana comenzaremos la labor de sanación de la vida de la ciudad: hay una gran tarea que hacer para reformar costumbres, corregir injusticias, reconciliar vecinos y familias. Tengo que recordar, queridos compañeros, que nuestro objetivo no es solo evangelizar esta ciudad; también debemos otorgar a las gentes la esperanza que trae el evangelio, una esperanza que comienza en la vida personal y se extiende a la vida de la familia, del barrio, de toda la ciudad. —Y añadió—: La predicación de estas semanas la llevaremos el Padre Mioland, el Padre Coindre y un servidor.

Se hizo un momento de silencio como teñido de oración. Aquellos sacerdotes de la Cruz de Jesús, a los que todo el mundo en Lyon llamaba los cartujos, eran conscientes de ser los portadores de la llama de la fe que la revolución había estado a punto de apagar en los pueblos y en las ciudades de toda Francia. Tenían el valor y el arrojo de los primeros evangelizadores cristianos y sabían, porque se lo habían dicho en el seminario una y otra vez, que su terreno de misión no era China, entonces objetivo prioritario de muchos misioneros, sino su propio país, la hija más amada de la Iglesia: Francia.

—Como saben, la plantación de la cruz es el acontecimiento más importante de la misión —intervino Mioland—. La haremos el lunes 24 de abril. Todavía queda más de un mes, pero ya podemos adelantar algo: la procesión saldrá de esta parroquia y llegará hasta el Monasterio Real de Brou, a una milla de aquí poco más o menos. Como casi siempre, el elegido para la predicación junto a la cruz será el Padre Coindre. En esta ocasión, con mucha más razón, porque además de su valía como predicador, que todos conocemos, está el hecho de que conoce bien el lugar y cuenta con un gran aprecio entre todos los vecinos. Estoy seguro que este acontecimiento va a constituir un punto de inflexión en la ciudad y será un broche de oro a nuestra misión, de la que se va a hablar durante mucho tiempo.

Las miradas se dirigían hacia el Padre Coindre, que permaneció en silencio y solo hizo una leve inclinación de cabeza, como pidiendo disculpas por el elogio de su compañero y amigo Mioland.

—Si no hay nada más, damos por concluida la reunión —dijo Mioland—. Es un buen momento para que cada uno se vaya acomodando en las habitaciones que nos han preparado en la parroquia y nos preparemos para mañana, que va a ser un día de intenso trabajo.

Los sacerdotes salieron de la sacristía por una puerta lateral que conducía la residencia cural de la parroquia Bourg-en-Bresse. Allí iban a estar durante mes y medio, trabajando día a día para poner en práctica aquellas palabras del maestro: “Id y enseñad”.